

*HOMILÍA DEL CARDENAL ARZOBISPO EMÉRITO DE SEVILLA EN LAS EXEQUIAS DE MONS. IGNACIO NOGUER CARMONA, OBISPO DE HUELVA*

Alabemos la memoria de los hombres de bien. Sabio es este consejo que nos ofrece la Escritura. Es alabanza para aquellos que supieron guardar fielmente lo que se les daba. Que enseñaron lo que habían aprendido. Que lo que recibieron de sus padres supieron transmitirlo a las generaciones nuevas.

Alabada sea la memoria de don Ignacio. Muchas cosas, y todas bien merecidas, se han dicho sobre nuestro querido Obispo de Huelva: sacerdote piadoso y humilde, amigo de los pobres y desvalidos, sencillo en el comportamiento, ardiente en la caridad, incansable en el trabajo de evangelizar, profunda y sentida devoción a la santísima Virgen María, buen pastor y obispo entregado incondicionalmente al cuidado de su diócesis... Modelo de cristiano sufriente en su larga enfermedad... Y si ejemplar fuera el enfermo, de sacrificada caridad lo fuera su cuidador. Que Dios te lo pague y te bendiga, Jesús.

Sin embargo, la mejor alabanza que podemos decir en honor de Don Ignacio es que era hombre de una fe profunda. ¡Dichoso tu porque has creído! Dios estaba en tu vida y tu vida, querido Monseñor, está para siempre con Él.

La vida de Don Ignacio fue como una maravillosa peregrinación entre las fuentes del conocimiento de Dios y la esperanza de una tierra y de un cielo nuevos. Un éxodo en el que nuestro hermano ha ido probando las liberaciones efectuadas por Dios: en el bautismo naciera a una vida nueva y Dios le guiaba con solicitud y

amor. Con la ordenación sacerdotal se establece una nueva alianza. Y Dios se iba manifestando por la gracia sacramental del Espíritu y la predicación del evangelio. Con el orden episcopal recibía asiento en el grupo de los Apóstoles y había de ser testigo veraz y fiel del Buen Pastor.

Don Ignacio repetía frecuentemente las palabras de San Agustín: "Soy Obispo para vosotros, soy cristiano con vosotros". "Como don que el Espíritu da a la Iglesia, el Obispo es ante todo, como cualquier otro cristiano, hijo y miembro de la Iglesia. De esta Santa Madre ha recibido el don de la vida divina en el sacramento del Bautismo y la primera enseñanza de la fe. Comparte con todos los demás fieles la insuperable dignidad de hijo de Dios, que ha de vivir en comunión y espíritu de gozosa hermandad. Por otro lado, por la plenitud del sacramento del Orden, el Obispo es también quien, ante los fieles, es maestro, santificador y pastor, encargado de actuar en nombre y en la persona de Cristo" (*Pastores gregis 10*).

Los clásicos de la Iglesia hablan de tres riesgos para el obispo: Riesgo para su hacienda, pues la ha de repartir entre los pobres. Riesgo de su vida, pues ha de entregarla al servicio de los demás. Riesgo de su honra, pues ha de comprometerla por defender a los humillados. Riesgo de su ánima, pues la puede perder sino cumple fielmente todo lo anterior.

Pero estos riesgos se convierten en mérito para el pastor que ha caminado siempre en fidelidad a su Señor. Su hacienda, y su vida, y su honra no han sido otros que hacer la voluntad de Dios. La recompensa prometida al siervo fiel se cumplirá en nuestro querido Obispo difunto.

¿Todo ha terminado con la muerte? Dice la Escritura: Dichosos los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras los acompañan (Ap. 14, 13) Para el que muere, la bondad de sus obras es prenda y recomendación de vida eterna. Para los que quedamos en este mundo, lección que aprender y guardar para que el trabajo sea fecundo en obras de bien.

Para el cristiano, la muerte es una realidad que se va haciendo presente a lo largo de todos los días. La muerte es participación en la muerte de Cristo. En el bautismo, se muere al pecado para entrar en una vida nueva. El afán y el trabajo de cada día hacen sentir el peso de la cruz. La mortificación y la penitencia por el pecado cometido son como desgarrones de muerte que van purificando del mal y llenando al hombre de vida. Y la muerte corporal, que es como la destrucción de todo lo visible para que en el cristiano solamente se vea ya la imagen viva de Cristo. Dios va como haciéndose camino en la vida del hombre y arrancándole de su existencia terrena para que pueda vivir siempre en Dios.

La muerte no nos quita la persona a la que queremos, nos la guarda y purifica para que la encontremos gloriosa en de eternidad Con Cristo, todos han muerto. Con Cristo volverán a la vida. Ninguno de nosotros - dice el Apóstol - vive para sí mismo y ninguno muere para sí mismo. Si vivimos, vivimos para el Señor; en la vida y en la muerte somos del Señor (*Rom 14, 7-8*).

El Señor es mi luz y mi salvación, ¿A quién he de temer? El Señor es el refugio de mi vida, ¿Por qué he de temblar?. Pero la muerte tiene una dimensión de oscuridad que nos entristece y da miedo. Solamente Cristo nos llena de esperanza y

cura de todos los temores: el que creen en mí vivirá para siempre. Él es nuestra resurrección y nuestra vida.

Don Ignacio, después de vivir largos días a nuestro lado, se fue con Dios para siempre. Pero la huella de su vida permanece con nosotros. Terminado el curso de sus días en la tierra, llegó también para él la muerte y el tránsito de este mundo al Padre. Pero la última palabra no la iba a tener la separación, el dolor, el sufrimiento, la injusticia o la muerte. Nosotros creemos en la resurrección de los muertos y la vida del mundo futuro.

¿Dónde lo vais a enterrar? En Sevilla, en Guadix, en Huelva... ¿Por qué no se lo preguntamos mejor a Don Ignacio? La respuesta la ya la conocemos: quiero que mi memoria la pongáis en vuestro corazón y así, donde quiera que vayáis me tendréis a vuestro lado.

Jesucristo ha resucitado. Ese el fundamento de nuestra esperanza. Y como por la fe y el bautismo estamos unidos a Cristo y a su muerte, también por la fe vivimos en el convencimiento de que, aunque muertos a esta vida, resucitaremos con Él. "En Cristo se realizó lo que para nosotros es todavía esperanza. No vemos lo que esperamos, pero somos el cuerpo de aquella Cabeza en que se hizo realidad lo que esperamos." (San Agustín).

Es Dios, siempre Dios, el único que asegura la vida perfecta y duradera sin fin. Dios es fiel. Y la unión con Dios es más fuerte que la destrucción del cuerpo por la muerte. Jesús es la resurrección y la vida. El que cree en Jesucristo no morirá para siempre.

El Espíritu que habita en vosotros os vivificará. Y fue el Espíritu de Dios el que ungió las manos de nuestro hermano sacerdote y obispo para que fuera ministro del perdón. Por eso, suplicamos a Dios la misericordia para quien, al administrar el sacramento, fuera misericordioso.

El que coma de este pan vivirá para siempre. Por eso esperamos la vida eterna para quien ofreciera y se alimentara del cuerpo y la sangre de Cristo, mientras hacía memoria de la muerte y de la resurrección de nuestro Señor.

No puede perderse el hijo que tantas lágrimas ha costado a su Madre... La Virgen María ha llorado por nosotros junto a la cruz de su hijo... Y la Cinta que lleva esta Madre bendita será para ti, querido Don Ignacio, el más santo sudario y la mejor túnica para ser reconocido por tu Redentor y Padre Misericordioso Jesucristo.